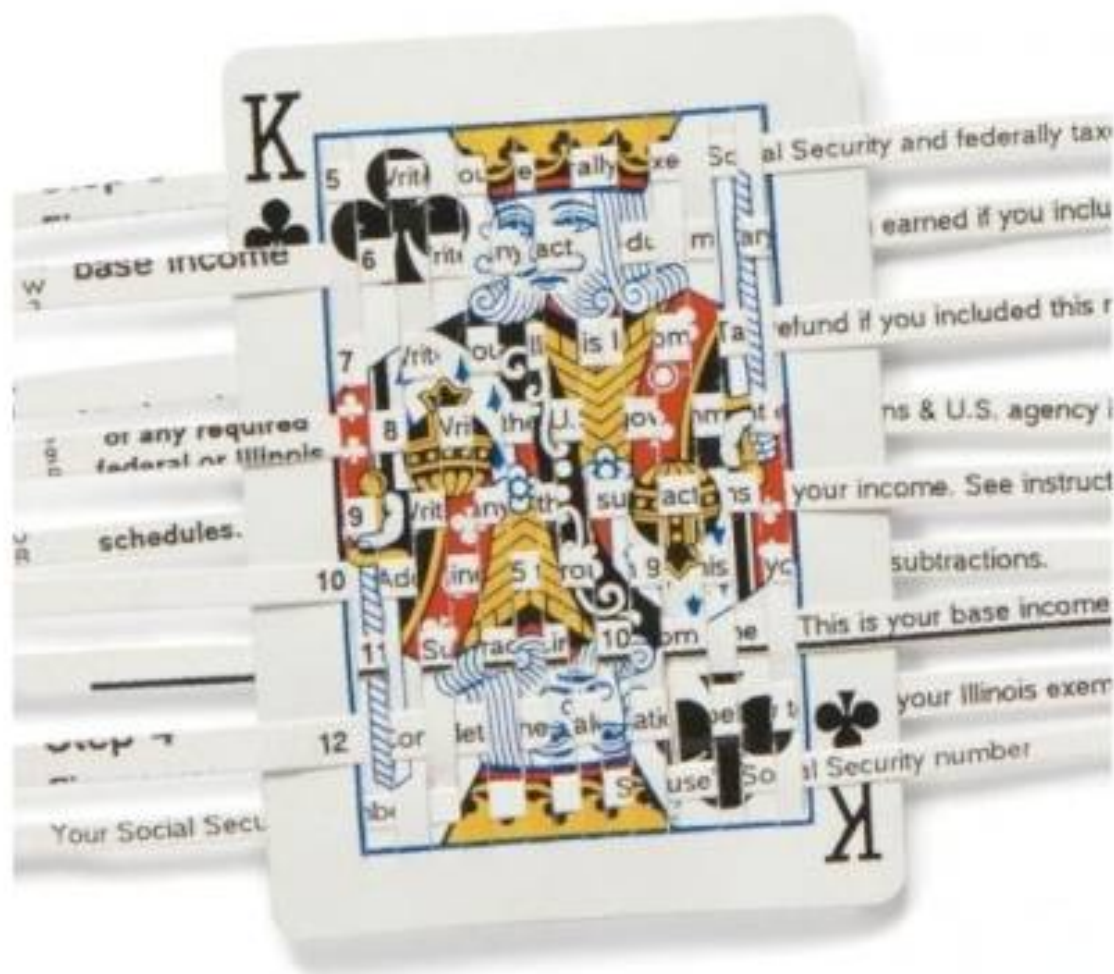


DAVID FOSTER WALLACE

El rey pálido



El rey pálido es la novela que David Foster Wallace estaba trabajando cuando murió. Sus personajes son agentes de la Agencia Tributaria de EE. UU. que se esfuerzan para superar el aburrimiento y la apatía. En su estilo característico, lleno de acotaciones, notas a pie de página e interrupciones del autor en la historia , David Foster Wallace reflexiona sobre el aburrimiento y la felicidad.

Llenamos formas preexistentes, y al llenarlas
las cambiamos y ellas nos cambian.

FRANK BIDART, *Borges and I*

Nota del Editor

En 2006, diez años después de que se publicara *La broma infinita* de David Foster Wallace, Little, Brown hizo planes para comercializar una edición de aniversario de esa novela gloriosa. Se organizaron celebraciones en varias librerías de Nueva York y Los Ángeles, pero a medida que se aproximaban los eventos, David empezó a poner reparos a asistir. Yo lo llamé por teléfono para intentar convencerlo. «Ya sabes que si me insistes iré —me dijo—. Pero, por favor, no me insistas. Estoy metido en algo largo y cuando me separan del trabajo luego me cuesta volver a meterme.»

«Algo largo» y «una cosa larga» eran los términos que David usaba para hablar de la novela que había estado escribiendo en los años posteriores a *La broma infinita*. Durante aquellos años publicó bastantes libros: colecciones de relatos en 1999 y 2004 y de ensayos en 1997 y 2005. Pero la cuestión de una nueva novela acechaba, y a David le incomodaba hablar del tema. Una vez en que le presioné, me contó que trabajar en la nueva novela era como forcejear con plafones de madera de balsa en medio de un vendaval. De vez en cuando me llegaban noticias por su agente literaria, Bonnie Nadell: David estaba yendo a clases de contabilidad como parte de la investigación para su novela. Estaba ambientada en un centro de procesamiento de declaraciones de la renta de la Agencia Tributaria. Yo había tenido el enorme honor de trabajar con David como editor de *La broma infinita* y había visto los mundos que él había conseguido conjurar a partir de una academia de te-

nis y un centro de desintoxicación. Supuse que, si alguien era capaz de hacer que los impuestos fueran interesantes, era él.

En el momento de la muerte de David, en septiembre de 2008, yo no había visto ni una palabra de aquella novela, salvo un par de relatos que habían salido publicados en revistas, relatos que no tenían ninguna conexión aparente con la contabilidad ni con los impuestos. En noviembre, Bonnie Nadell se reunió con Karen Green, la viuda de David, para registrar su despacho, un garaje con una ventanita que tenía en su casa de Claremont, California. En la mesa de David, Bonnie encontró un manuscrito pulcramente amontonado con doce capítulos que sumaban unas 250 páginas. En la etiqueta de un disco informático que contenía aquellos capítulos había escrito: «¿Para el adelanto de LB?». Bonnie había comentado con David la posibilidad de juntar unos cuantos capítulos de su novela y mandarlos a Little, Brown a fin de iniciar las negociaciones para un contrato nuevo y un adelanto de las regalías. Allí había un manuscrito parcial, sin enviar.

Al explorar el despacho de David, Bonnie y Karen encontraron cientos y cientos de páginas de su novela en progreso, designada con el título «El rey pálido». Discos duros, carpetas de archivador, carpetas de anillas, cuadernos de espiral y disquetes que contenían capítulos impresos, fajos de páginas manuscritas, notas y más. Volé a California invitado por ellas y dos días más tarde me volví a casa con un talego verde y dos bolsas del Trader Joe atiborradas de manuscritos. Poco después me llegaba por correo una caja llena de libros que David había usado en su investigación.

Al leer aquel material en los meses posteriores a mi regreso, descubrí una novela asombrosamente completa, creada con esa originalidad y ese humor superabundantes que eran característicos de David. Mientras leía aquellos capítulos sentí un placer inesperado, porque al adentrarme en aquel mundo que David había creado tuve la sensación

de encontrarme en su presencia y conseguí olvidarme temporalmente del hecho espantoso de su muerte. Había partes que habían sido pulcramente mecanografiadas y revisadas a lo largo de numerosas versiones. Otras eran simples borradores escritos con la minúscula caligrafía de David. Algunos —entre ellos los capítulos que estaban sobre su mesa de trabajo— habían sido pulidos recientemente. Otros eran mucho más antiguos y contenían líneas argumentales abandonadas o sustituidas. Había notas y falsos comienzos, listas de nombres, ideas para tramas e instrucciones del autor para sí mismo. Todos aquellos materiales estaban maravillosamente vivos y cargados de observaciones; leerlos era lo más parecido a ver su asombrosa mente operando sobre el mundo. Había una libreta encuadernada en piel que todavía estaba cerrada con un rotulador verde dentro, con el que David había escrito hacía poco.

En ningún sitio de aquellas páginas había ningún esquema ni indicación del orden en que David tenía pensado poner aquellos capítulos. Había unas cuantas notas generales sobre la trayectoria de la novela, y a menudo los borradores de los capítulos iban precedidos o seguidos de instrucciones que escribía David para sí mismo y que indicaban de dónde venía un personaje o adónde podía dirigirse. Pero no había una lista de escenas, no había un arranque ni un final decididos, ni tampoco nada que se pudiera considerar un conjunto de instrucciones ni guías para *El rey pálido*. Al leer y releer aquellos montones de material, me quedó claro pese a todo que David se había adentrado mucho en la novela, creando un lugar nítidamente complejo —el Centro Regional de Examen de la Agencia Tributaria en Peoria, Illinois, en el año 1985— y un notable conjunto de personajes que batallaban contra los demonios descomunales y aterradores de la vida ordinaria.

Karen Green y Bonnie Nadell me pidieron que montara con aquellas páginas la mejor versión de *El rey pálido* que pudiera encontrar. Hacerlo ha sido el desafío más grande al

que me haya enfrentado. Sin embargo, después de leer aquellos borradores y aquellas notas, quería que los que aprecian la obra de David pudieran ver lo que este había creado; que tuvieran la oportunidad de echar un vistazo más a esa mente extraordinaria. Aunque no se trata en ninguna medida de una obra terminada, *El rey pálido* me pareció tan profunda y valiente como el resto de la obra de David. Trabajar en ella ha sido el mejor acto de homenaje que he podido llevar a cabo.

Al montar este libro he seguido las pistas internas que me daban los capítulos y las notas de David. No ha sido una tarea fácil: hasta un capítulo que parecía ser el punto de partida obvio de la novela se revela en una nota a pie de página, y luego todavía de forma más directa en una versión anterior del capítulo, que tiene que ir bastante avanzada la novela. Otra nota del mismo capítulo comenta que la novela está llena de «cambios de punto de vista, fragmentación estructural e incongruencias descabelladas». Muchos de los capítulos, sin embargo, revelaban una narración central que seguía una cronología bastante lineal. En dicha trama, varios personajes llegan al Centro Regional de Examen de Peoria el mismo día de 1985. Pasan por una orientación, entran a trabajar allí y conocen el vasto mundo del procesamiento de las declaraciones de la renta en la Agencia Tributaria. Dichos capítulos y dichos personajes recurrentes forman una secuencia evidente que constituye la columna vertebral de la novela.

Otros capítulos son independientes y no forman parte de ninguna cronología. Colocar esas secciones autónomas ha sido la parte más difícil de la edición de *El rey pálido*. Mientras leía se hizo evidente que David planeaba que la novela tuviera una estructura afín a la de *La broma infinita*, con largos pasajes de información aparentemente inconexa que se le presenta al lector antes de que empiece a aparecer una trama principal coherente. En varias notas para sí mismo, David decía que la novela era «como un tornado» o

que producía «sensación de tornado», lo cual sugería la idea de lanzar partes de la historia hacia el lector como un torbellino a alta velocidad. La mayor parte de los capítulos no cronológicos tienen que ver con la vida cotidiana del Centro Regional de Examen, con las prácticas y los conocimientos de la Agencia Tributaria y con ideas sobre el aburrimiento, la repetición y la familiaridad. Algunas son historias procedentes de una serie de infancias poco habituales y difíciles, cuyo significado se va aclarando de forma gradual. Mi meta al ordenar esas secuencias fue colocarlas de tal manera que la información que contienen entrara en los momentos oportunos para apoyar la línea argumental cronológica. En algunos casos la colocación era esencial para el desarrollo de la historia; en otros era una cuestión de ritmo y de tono anímico, como por ejemplo la colocación de capítulos cómicos breves en medio de otros largos y serios.

La historia central de la novela no tiene un final claro, y hay una cuestión que surge de forma inevitable: ¿cómo de inconclusa está la novela? ¿Cuánto más material podría haber habido? Esto es imposible de saber, dada la ausencia de un esquema detallado que proyecte las escenas y los relatos que todavía estaban por escribir. Entre las páginas del manuscrito de David hay notas que sugieren que no tenía intención de que la novela tuviera una trama sustancial más allá de los capítulos aquí presentes. Una nota dice que la novela es «una serie de situaciones organizadas para que pasen cosas, pero en realidad nunca pasa nada». Otra señala que hay tres «grandes mandamases... pero no los vemos nunca, solamente a sus ayudantes y sus portavoces». Y otra más sugiere que durante toda la novela «algo grande amenaza con suceder pero nunca llega a suceder». Estas líneas podrían reafirmar la posibilidad de que la falta aparente de conclusión de la novela fuera de hecho intencionada. David terminó su primera novela en medio de una línea de diálogo y la segunda habiendo tratado grandes cuestiones de la trama de forma apenas tangencial. Uno de los perso-

najes de *El rey pálido* describe una obra de teatro que ha escrito, en la que hay un hombre sentado a una mesa, trabajando en silencio, hasta que el público se marcha, y en ese momento arranca la acción de la obra. Sin embargo, continúa, «nunca pude decidir cuál era la acción, si es que había alguna». En la sección titulada «Notas y acotaciones», al final del libro, he seleccionado algunas de las notas de David sobre los personajes y la historia. Esas notas y líneas sacadas del texto sugieren ideas sobre la dirección y forma de la novela, pero ninguna de ellas me da la impresión de ser definitiva. Creo que David todavía estaba explorando el mundo que había creado y todavía no le había dado una forma definitiva.

Las páginas del manuscrito se han editado muy poco. Una de las metas era unificar los nombres de los personajes (David inventaba nombres nuevos constantemente) y hacer que los toponímicos, los cargos profesionales y otros datos por el estilo concordaran a lo largo del libro. Otro era corregir todo lo que fueran obviamente errores gramaticales y repeticiones de palabras. Algunos capítulos del manuscrito estaban designados como «borradores cero» o «improvisaciones», que eran los términos que usaba David para referirse a los primeros bocetos, e incluían notas del estilo «dejar en el 50 por ciento en el próximo borrador». He llevado a cabo cortes de vez en cuando por cuestiones de sentido o de ritmo, o bien para encontrar un punto de conclusión de algún capítulo que se alargaba sin final. Mi intención general a la hora de ordenar y editar ha sido eliminar todas aquellas distracciones y confusiones no intencionadas, a fin de ayudar a los lectores a concentrarse en las enormes cuestiones que David quería sacar a colación, así como hacer que la historia y los personajes resultaran tan comprensibles como fuera posible. Los borradores originales completos de estos capítulos, junto con todo el montón de materiales del que se ha extraído esta novela, serán puestos a disposición del público en el Harry Ransom Cen-

ter de la Universidad de Texas, que alberga todos los documentos de David Foster Wallace.

David era un perfeccionista de primer orden, y no hay duda de que *El rey pálido* sería un libro totalmente distinto de haber sobrevivido él para terminarlo. A lo largo de estos capítulos se repite toda una serie de palabras e imágenes que estoy seguro de que él habría revisado: las expresiones «chascarrillo» y «apretar las clavijas», por ejemplo, probablemente no se habrían repetido tan a menudo. Hay por lo menos dos personajes que tienen una marioneta de un doberman. Estas, junto con docenas de otras repeticiones y descuidos propios de borradores, se habrían corregido y afinado de haber seguido David escribiendo *El rey pálido*. Pero no fue así. Al presentármeme la elección entre hacer que este texto provisional estuviera disponible en forma de libro y colocarlo en una biblioteca donde solo los académicos lo pudieran leer y comentar, no lo dudé ni un segundo. Hasta inconclusa, se trata de una obra brillante, una exploración de algunos de los desafíos más profundos de la vida y una empresa de un atrevimiento artístico extraordinario. David se propuso escribir una novela sobre algunos de los temas más difíciles que existen —la tristeza y el aburrimiento— y hacer que esa exploración fuera nada menos que dramática, divertida y profundamente conmovedora. Todo el mundo que trabajó con David sabe muy bien cómo se resistía a dejar ver al mundo una obra que no estuviera pulida según sus estándares de exigencia. Pero lo que tenemos es una novela inconclusa, y ¿cómo podemos no mirar? David, por desgracia, no está aquí para impedir que la leamos, ni para perdonarnos por querer hacerlo.

Michael Pietsch

1

Más allá de las llanuras de franela y de las gráficas de asfalto y de los horizontes inclinados de óxido, y más allá del río de color marrón tabaco resguardado por los árboles llorones y salpicado por las monedas de luz de sol que traspasan sus copas para alcanzar la corriente, hasta el lugar que hay detrás del cortavientos, donde los campos sin cultivar bullen ruidosamente a fuego lento bajo el calor matinal: sorgo, quelite cenizo, lambedora, zarzaparrilla, juncia real, higuera del infierno, menta silvestre, diente de león, zacate, muscadinia, repollo espinoso, solidago, hiedra terrestre, abutilón, hierba mora, ambrosía, avena silvestre, algarroba, rusco, habichuelas asilvestradas y remetidas en sus vainas, todas como cabezas meciéndose suavemente bajo una brisa matinal que es como la suave mano de una madre en tu mejilla. Una flecha de estorninos disparada desde el techado del cortavientos. El centelleo de un rocío que jamás se mueve y que se pasa el día soltando vapor. Un girasol, cuatro más, uno de ellos encorvado, y una serie de caballos a lo lejos que están igual de rígidos y quietos que si fueran de juguete. Todos meciendo la cabeza. Los ruidos eléctricos de los insectos atareados. La luz del sol del color de la cerveza y un cielo pálido y volutas de cirros tan altos que no proyectan sombra. Insectos atareados todo el tiempo. Cuarzo y pedernal y esquisto y costras de contrita ferrosa en el granito. Una tierra muy antigua. Mira a tu alrededor. El horizonte tiembla, sin forma. Somos todos hermanos.

Entonces aparecen unos cuervos en las alturas, tres o cuatro, no una bandada, silenciosamente concentrados, rumbo al maíz de los pastos detrás de cuya alambrada un caballo le huele el trasero a otro mientras el caballo de delante levanta amablemente la cola. La marca de tus zapatos grabada en el rocío. Brisa con olor a alfalfa. Abrojos en el calcetín. Raspaduras dentro de una alcantarilla. Alambre oxidado y unos postes escorados que son más símbolos de contención que cercado *per se*. «PROHIBIDO CAZAR.» El susurro de la carretera interestatal más allá del cortavientos. Los cuervos del pasto posados en ángulos oblicuos, levantando terrones para hacerse con los gusanos de debajo, y los gusanos han dejado incisiones con su forma en el estiércol levantado y cocido por el sol durante todo el día hasta endurecerse, incisiones permanentes, diminutas líneas vacías que forman hileras y volutas hundidas que no se cierran porque las cabezas nunca llegan a tocar las colas. Lean estas páginas.

2

Desde el aeropuerto de Midway, Claude Sylvanshine tomó un vuelo de una tal Consolidated Thrust Regional Lines hasta Peoria, un aterrador aparato de treinta asientos con un piloto que tenía granos en el cogote y que en un momento dado estiró el brazo hacia atrás para cerrar una sucia cortina de tela que aislaba la carlinga, y cuyo servicio de bebidas consistía en una chica tambaleante que te daba frutos secos por lo bajo mientras tú engullías una Pepsi. El asiento con ventana de Sylvanshine estaba en la 8-algo, una hilera de emergencia, al lado de una señora mayor que tenía una barbilla parecida a un escroto y que pese a sus intensos forcejeos no podía abrir sus frutos secos. La ecuación crucial en contabilidad $\text{Activo} = \text{Pasivo} + \text{Patrimonio}$ se puede disolver y reformular de todas las maneras posibles, desde $\text{Patrimonio} = \text{Activo} - \text{Pasivo}$ hasta otras muchas. El aparato cabalgaba las corrientes ascendentes y descendentes como si fuera un bote en medio de una galerna. El único servicio que llegaba a Peoria era el regional, que venía o bien de Saint Louis o de los dos aeropuertos de Chicago. Sylvanshine tenía problemas de oído interno y no podía leer en los aviones, pero sí que se leyó la hoja plastificada del protocolo de emergencia, dos veces. Era casi todo ilustraciones; por razones legales, la línea aérea tenía que presuponer que el pasajero era analfabeto. Sin ser consciente de que lo estaba haciendo, Sylvanshine repitió mentalmente la palabra «analfabeto» varias docenas de veces, hasta que la palabra perdió todo significado y se convirtió en un simple sonido rítmico, provisto de cierto encanto pero de-

sincronizado con el latido del flujo de las hélices. Era algo que hacía cuando estaba estresado y quería evitar una incursión. Su punto de embarque había sido el aeropuerto Dulles, adonde lo había llevado un autobús de la Agencia procedente de Shepherdstown / Martinsburg. Las tres codificaciones principales de la ley fiscal de Estados Unidos eran, por supuesto, las del 16, el 39 y el 54, aunque también eran relevantes los indexados y las provisiones anti-bus del 81 y el 82. El hecho de que hubiera prevista otra recodificación de gran magnitud no iba a figurar, obviamente, en el examen para el título de Contable de la Administración. La meta privada de Sylvanshine era aprobar el examen para el título de CA y de esa manera avanzar dos escalafones de paga. La magnitud de la recodificación, por supuesto, dependería en parte del éxito que tuviera la Agencia a la hora de ejecutar las directivas de la Iniciativa. El trabajo y el examen tenían que ocupar dos partes distintas de su mente; era crucial que mantuviera esa separación de poderes. Calcular la recaptura de la depreciación para los activos del §1231 es un proceso que tiene cinco pasos. El vuelo duró cincuenta minutos, pero pareció mucho más largo. No había nada que hacer y dentro de su cabeza nada paraba de moverse en medio de todo aquel ruido encerrado, y cuando se terminaron los frutos secos Sylvanshine ya no tuvo nada con que ocupar la mente más que intentar mirar la tierra, que parecía lo bastante cerca como para distinguir los colores de las casas y los distintos tipos de vehículos que iban por la pálida carretera interestatal a través de la cual el avión parecía dar todo el tiempo bandazos a un lado y a otro. Las figuras que abrían portezuelas de emergencia en la lámina plastificada y tiraban de cordones y cruzaban los brazos funerariamente con los cojines de los asientos sobre el pecho parecían dibujadas por un aficionado, y sus rasgos no eran más que bultitos. En sus caras no se podía distinguir miedo ni alivio ni nada de nada mientras descendían por las rampas de emergencia del dibujo. Las

manecillas de las portezuelas de emergencia se abrían de una manera y las escotillas de emergencia de encima de las alas se abrían de otra completamente distinta. Los componentes del patrimonio son las acciones ordinarias, las ganancias retenidas y todos los tipos distintos de operaciones bursátiles. Distinga entre inventario periódico y perpetuo y explique la(s) relación(es) entre el inventario físico y el coste de los bienes vendidos. La cabeza de color gris oscuro que tenía delante emitía un aroma a cera capilar Brylcreem que a estas alturas seguro que debía de estar empapando y manchando la toallita de papel que cubría la parte superior del asiento. Sylvanshine volvió a desear que Reynolds estuviera con él en el vuelo. Sylvanshine y Reynolds eran los dos ayudantes del icono de Sistemas, Merrill Errol («Mel») Lehl, aunque Reynolds tenía rango GS-11 y Sylvanshine no era más que un miserable y patético GS-9. Sylvanshine y Reynolds llevaban viviendo juntos y yendo juntos a todas partes desde la debacle del CRE de Rome del 82. No eran homosexuales; simplemente vivían juntos y ambos trabajaban estrechamente con el doctor Lehl en Sistemas. Reynolds tenía tanto el título de Contable de la Administración como el título de Gestión de Sistemas de Información, pese a que apenas era dos años mayor que Claude Sylvanshine. Esta asimetría se unía a las cosas que ponían en jaque la autoestima de Sylvanshine después de lo de Rome y le hacían mostrarse doblemente leal al doctor Lehl y estarle doblemente agradecido por haberlo rescatado de los escombros de la catástrofe de Rome y por creer en su potencial en cuanto encontrara su lugar en los engranajes del sistema. El método de entrada doble lo inventó el italiano Pacioli durante el mismo periodo en que vivieron Cristóbal Colón y compañía. La lámina indicaba que aquella era la clase de aeronave cuyo oxígeno de emergencia no era de los que se quedan colgando del techo sino una especie de extintor de incendios que está entre los asientos. La opacidad primitiva de las caras de las figuras acababa por resul-